Mientras estoy sentado,
contemplando una página blanca y vacía,
pienso en cómo el mundo
parece perder su color
cuando el sol se oculta tras una nube.

Solo un poco;
como si alguien aplicara un filtro a una fotografía digital
y redujera la calidez
apenas perceptivelmente.
Pero se nota.

Y entonces,
poco a poco,
el color regresa:
un himno a todos los matices que no podemos ver
y a todos los que sí.

Puedes verlo suceder:
una veladura de gris azulado
que se posa sobre el mundo
como una fina manta
tendida por la mano temblorosa del tiempo.

Y luego esta se retira,
revelando el glorioso tejido de oro
entrelazado por
la suave mano de la naturaleza.

En verdad,
ambos están presentes en todo momento,
cada uno entonando su propia melodía,
la cual, neciamente, ignoramos.

Pero,
cuando cantan juntos en armonía,
alzamos la vista de la tierra
y observamos cómo la naturaleza y el tiempo
extienden sus manos.
Y se toman de ellas.